

"LO RARO EN LA HISTORIA"

LAS CIUDADES MUERTAS

HERNANDO GAITAN L.

*El pasado nunca muere por completo.
Cada época es el producto y resumen
de todas las épocas precedentes.*

COULANGES

Volver a ver, después de larga ausencia, personas y lugares que se amaron, entraña pérdida irreparable y doloroso desencanto, pues los años cambian las ideas y sentimientos y debilitan en nosotros la espontánea facultad de admirar y ofrendar nuestra emoción estética. Es doloroso permanecer frío e indiferente ante aquello que nos colmó de entusiasmo, nos arrebató y dejó en nosotros esa deliciosa provisión de recuerdos y de inseparables sensaciones.

Bajo el título "La Resurrección de las Ciudades Muertas", Marcel Brion, compendió la historia de pueblos, que gracias a la tesonera labor de los arqueólogos, resurgieron de las cubiertas de tierra, de los matorrales y de la maraña de selvas y bejucos donde habían permanecido como ausentes y ocultas a las generaciones que repoblaron esos mundos, después que las fuerzas de la naturaleza, unas veces, y otras, la acción depredadora del hombre, las condenaron a la destrucción y al olvido. Algunas revelaron, al ver de nuevo la luz, todo su secreto; otras, en cambio, cuyos monumentos han sido restaurados, continúan rodeadas de esa atmósfera de enigma y de silencio, que torna misteriosa e inalcanzable su pasada grandeza.

Por doquier hay ciudades muertas u olvidadas. En Asia, Africa, Europa y América, ellas han emergido lentamente, como vestigios de civilizaciones que sobrepasan quizás los 3.000 años antes de nuestra era. Tal es el caso de las excavaciones mesopotámicas, que atravesando el limo del Diluvio, alcanzaron terrenos inferiores a los de esa gran catástrofe que nos relata la Biblia.

También hay nombres de ciudades y lugares, cuya sola mención evoca ruinas y antiguos monumentos: Mesopotamia,

Siria, Palestina, Persia, Egipto, China, India, Perú, Méjico, Atenas, Roma. En ellas, lo moderno es fiel custodio de lo antiguo y vive de su gloria y de sus méritos. ¿Qué sería de ellas sin sus ruinas? Estas, paradójicamente, son fuentes de vida y de ilusión. Es por eso que algunos consideran la arqueología como la ciencia de la vida, y afirman que el mayor de los placeres es ver emerger de la tierra, ruinas cargadas de prodigiosos secretos. Y mientras casi todos nos complacemos con la vida, ellos, apóstoles de la investigación, se regocijan con las cosas extintas. Excavan ruinas, abren tumbas, desenvuelven momias y forjan catálogos de tesoros funerarios.

Hombres y mujeres, quizá sin excepción, se han preocupado siempre por asegurar en el más allá, una vida semejante a la terrena. Esta inquietud, "el futuro temor de estar mañana muerto", ha permitido a los científicos apreciar, con cierta exactitud, las costumbres y las ideas de los pueblos desaparecidos.

¿Será por ésto, que los cementerios son los lugares que retienen con más exactitud las imágenes de la vida y de la muerte? Siempre que los hombres de ayer colocaban un cuerpo en el sepulcro, creían, que al mismo tiempo algo viviente entraba en una nueva existencia, en la que estarían asociados cuerpo y alma. Al final de la ceremonia fúnebre llamaban tres veces el alma del muerto por su nombre y le decían: "Que te encuentres bien, que la tierra te sea ligera". Y como a partir de ese instante habría de vivir allí, a su lado se enterraban los objetos que creían más necesarios para facilitar su nueva existencia. Para los antiguos el alma que carecía de tumba no tenía morada. Vivía errante, sin recibir jamás las ofrendas y los alimentos, y se convertía en malhechora, para atormentar a los vivos con apariciones lúgubres, asolar sus cosechas o enviarles crueles enfermedades. El rito ceremonial era indispensable pues el alma debía ser cubierta por la tierra. La desobediencia era castigada con la muerte. Si un conductor militar no recogía y enterraba los muertos, después de la batalla, era procesado. En Grecia se aplicó a tal extremo, que uno de sus generales, vencedor en un encuentro naval, fue ajusticiado por no haber recogido los muertos, pese a las condiciones adversas del mar, que invocaron inútilmente sus defensores. Eurípidés, en *Ifigenia en Táuride*, pone en boca de su heroína: "Sobre la tierra de la tumba derramo la leche, la miel, el vino, pues

con ésto se alegran los muertos". Cuando Electra vierte las libaciones dice: "El brebaje ha penetrado en la tierra; mi padre lo ha recibido". Orestes dice a su padre muerto: "Oh, padre mío: si vivo recibirás ricos presentes; pero si muero no tendrás tu parte en las comidas fúnebres de que se nutren los muertos".

Con este sentido de supervivencia en el más allá los hombres de la antigüedad inmortalizaban a sus deudos. Y hoy, por gracia de los contemporáneos, resucitan y también tienen vida eterna monumentos y ciudades.

Tal como observamos al comienzo, volver a recorrer los lugares que tanto entusiasmo despertaron en nosotros, es exponernos a crueles desengaños. Marcel Brion se sobrecoge de asombro y melancolía, al apreciar que diez años después de haber visitado Roma, halló que ésta había cambiado tanto, por obra de los hechos históricos, que la vieja ciudad de los papas al convertirse en la capital de la monarquía italiana, había perdido aquél contenido que deslumbró su imaginación en ese entonces. Se preguntó con el ánimo de dilucidar sus interrogantes: ¿Será este barrio nuevo, que se parece a todos los barrios nuevos del mundo? ¿O acaso, este inmenso edificio, sin estilo, destinado quizás a ser ministerio? ¿O estas calles, anchas y rectas, que reemplazaron aquéllas vías estrechas y tortuosas, donde había tanta sombra y frescura, en vez del sol abrasador que nos procuran las de hoy? Sí, infortunadamente para él, todo había cambiado, porque los recuerdos se mueren, llevándose mucho de nosotros. Para desechar esa vaga angustia que comenzó a invadirlo, se trasladó a los barrios populares, donde tal vez subsistieron aún los recuerdos de la otra Roma. Con esta ilusión y abierto su corazón a la esperanza de retornar al pasado que amó, se internó por callejuelas, vericuetos y espacios llenos de sombra y recogimiento. Sólo así logró que retornaran las imágenes del ayer, y esa paz y ese sosiego que experimenta el viajero, al descubrir la placidez de un lugar, donde puede reposar las fatigas de los largos y asoleados caminos.

Así como a Brion, le aconteció a Constantino Voleney, a Gastón Boissier y a tantos otros que amaron y se apasionaron por lo antiguo. Pero la inmortalidad que conferimos a las ciudades y a los hombres extintos, es siempre diferente. Unas y otros acusan, mayor o menor vitalidad para el recuerdo. En algunas, al detenerse la piqueta excavadora, se aquieta la vida

para siempre y las cosas y el ambiente circundante adquieren esa inmovilidad, que sólo turba el lento e inexorable desgaste de los siglos. Mientras que Pompeya y Herculano reposan, quizás definitivamente, en Roma todo se agita alrededor de los viejos monumentos, con esta velocidad que imprimen los tiempos modernos. Todo bulle en su vecindad y la ciudad nueva no deja en paz a la antigua. Nobles ciudades, que no fueron destruidas, sufrieron sin embargo, el impacto de los cambios en las rutas oceánicas, y víctimas de un mal incurable se paralizaron, transformándose en una especie de museos habitados. Por sus calles y plazas, que transitaban más de quinientos años ha las generaciones que precedieron al renacimiento, discurren hoy sólo turistas ávidos y ansiosos de admirar los palacios y conocer las casas y fortificaciones que se prolongaron en el tiempo, porque nadie estaría ya en situación de derruirlas para reemplazarlas por otras modernas. Y por ello, Paul Herrmann, diría refiriéndose a Venecia, Florencia, Rávena, Siena, Rotemburgo, Nördlingen, Ausburgo, Nuremberg y Brujas: "Si hoy se nace, se ama, se sufre y se muere en las mismas casas de entonces y se reza a Dios y a los santos en los mismos templos, es porque en ellos el tiempo se ha detenido, mientras que en otros lugares avanza raudamente hacia el futuro incierto".

Pero es en otros continentes donde el embrujo de las ciudades muertas y la revelación de sus secretos, es más pródiga en acontecimientos raros, en pautas culturales muy extrañas y en ritos y ceremonias, que en ocasiones conmueven por el espíritu de sacrificio que implicó, a generaciones tras generaciones, el inexorable cumplimiento de prácticas impuestas por su fe religiosa y la convicción de un más allá, que reclama obediencia a la voluntad y al mandato de sus intérpretes terrenos.

De estas populosas y florecientes ciudades, de antigüedad tan remota, es casi un símbolo Babilonia, que fuera tributaria de dos ríos —el Tigris y el Eufrates— como lo fue el Egipto del dilatado Nilo. Pero, a diferencia de este último, cuyas fecundas aguas corren de sur a norte, desde su nacimiento en el lago Victoria Nianza, aquéllos corren desde el norte para verter sus aguas, bajo el nombre del Chat el Arab, en el Golfo Pérsico. Ciudad tan soberbia y ostentosa, esta Babilonia, maldita por los profetas de la Biblia, mereció del arqueólogo Edward Chiera, un comentario que por su doble alcance merece recogerse: "Allí, donde reina actualmente la muerte, don-

de sólo se ven montones de escombros, colinas de tierra y profundas zanjas producidas por las excavaciones de nuestro siglo, las cuales indican el lugar donde estuvo situada en otro tiempo la ciudad más impresionante del mundo, se podía admirar todavía, una magnífica muralla doble con cien puertas, seiscientas torres, suntuosos templos llenos de columnas de oro y de extraños relieves, con figuras humanas y de animales, elegantes casas con tres o cuatro azoteas, jardines sombreados y bosques de palmeras; y sobre todo, el ombligo del mundo, es decir, el gran templo de Etemenanki, el Zigurat de Babilonia, la casa que sostiene los cimientos del cielo y de la tierra". Allí también vio Heródoto el símbolo de la grandeza y de la miseria humana, la Torre de Babel. Dice que allí, entre lo mucho que relata, según le refirieron los sacerdotes y astrólogos caldeos, había en medio del templo una hermosa cama, muy bien puesta, junto a la cual se hallaba una preciosa mesa de oro. En esa cama dormía cada noche una mujer elegida por el Dios. Esta mujer no podía ser poseída por mortal alguno, porque el Dios en persona entraba al templo, reposaba en la cama y se unía con la mujer.

Bajo las ruinas de esta grandiosa ciudad reposaban el sueño de la muerte, reyes y reinas con sus séquitos de esclavos y esclavas, sus guerreros de guardia, con sus armas de oro y plata y sus cascos de cobre, junto con restos de carros de bueyes, sus conductores y además preciosas esculturas. Se hallaba en primer término la dinastía de Ur del año 3.000; a continuación la segunda dinastía y finalmente las de la época sargónica, del año 2.500 antes de Cristo. Júzguese el asombro que debieron experimentar los científicos, cuando al proyectar las luces sobre una de las tumbas, vieron su interior literalmente lleno de esqueletos y jarrones de cobre; dos puñales de oro, un sello con el nombre del rey Meskalamdug y el esqueleto de una mujer sacrificada; y muy cerca, en la cámara funeraria, las osamentas de cuatro criadas, extendidas al costado de una mujer, tocada con una magnífica corona de oro, que mantenía junto a la boca un vaso también de oro. Y cuando prosiguieron su investigación hallaron otras dos tumbas intactas, que por su riqueza sólo podían pertenecer a los reyes. Alineados a su lado reposaban los esqueletos de nueve mujeres espléndidamente vestidas, cubiertas de alhajas de oro, lapislázuli y cornalina, con arpas en las manos. Por los cilindros encontrados junto

a las tumbas se enteraron que el hombre en vida había sido el rey Albargi y la mujer, su esposa la reina Shubad. En su viaje definitivo hacia la eternidad, los dos reyes partieron acompañados de toda su corte. En ese día, fatal para todos los palaciegos, se vistieron sus mejores galas y se adornaron con sus más bellas joyas. Por un instante, según el comentario, se olvidaron de la crueldad del sacrificio, para contemplar la belleza incomparable de todos los objetos y admirar el exquisito gusto que guió la mano de sus orfebres. Esas arpas, esos carros, esas lámparas, esos jarrones, cuya riqueza no es comparable con el arte prodigioso de sus artistas y joyeros. Y conmueve el pensar que una de las hermosas doncellas, (pensamos nosotros en su juventud y belleza), que concurrió a la cita trágica, en su afán de hallarse presente para acompañar a sus reyes al más allá, no tuvo tiempo de colocarse la diadema de plata, que se halló en el bolsillo de su vestido. Los cuerpos de todos estos acompañantes se hallaban en perfecto orden, en el mismo lugar donde los alcanzó la muerte. Ninguno presentaba huellas de violencia, y seguramente, al alzar la copa fatal, lo hicieron bajo el influjo del amor y la mística que sentían por sus soberanos.

“¡Hay de la gran ciudad de Babilonia, la ciudad poderosa! Ha caído Babilonia, y es ahora refugio de los demonios!” Así fue la lamentación que le mereció a San Juan en el Apocalipsis. Pero ella, con todas sus grandezas y miserias, le legó al mundo la escritura, la astronomía, las matemáticas, la construcción de cúpulas, el cálculo sexagesimal, los principios del derecho, pero también la cultura de su época decadente: la superstición, la astrología, la enajenación, la quema de brujas y el miedo a los gatos negros.

En el otro extremo del mundo, un pueblo genial que no se sabe aún de dónde vino y para dónde se fue, le legó a la humanidad una de las más altas culturas de que se tenga noticia, en la historia de los pueblos que precedieron al advenimiento del mundo occidental. Por mucho tiempo, tanto que fue necesario llegar a 1881 del calendario cristiano, la existencia de los vestigios que testimoniaron esta civilización, permaneció sumida en un inmenso mar de verdura tropical. Se necesitó que un hombre, devoto de una idea, emprendiera y llevara a término la hazaña de desvelar, en parte, el secreto de los

mayas, fielmente mantenido por la selva lujuriosa y devoradora. Este hombre, Alfredo P. Maudsley, que realizó a partir de aquél año y hasta 1894, siete expediciones a la América Central, se enfrentó casi solo a la leyenda de una civilización que había existido hacía diez mil años. Para llegar a los umbrales de la misma, dos testimonios, los textos sagrados del Popol-Vuh y el Libro de Chilam-Balam, descifrados pacientemente en los Códices por los especialistas de esta cultura, dieron base para emprender la gran aventura del descubrimiento de un país, poco menos que inaccesible, bajo la amenaza latente de toda clase de peligros. Aquella empresa de extraer de la selva virgen una civilización desconocida, la realizaron Maudsley y sus compañeros, con la simplicidad maravillosa del valor y del genio.

Pero con todo, el gran secreto sigue envuelto en una atmósfera de enigma y de misterio. Todos los que se han aproximado al pasado maya, se han formulado siempre los dos interrogantes de rigor: ¿De dónde vinieron? ¿A dónde se fueron? Gracias a Maudsley, pero sin lograr penetrar en las más íntimas y recónditas fibras de la vida secreta de los mayas, se lograron alcanzar y apreciar las melancólicas ruinas de Uxmal, Copán o Chichén Itzá y de leer, de manera casi inteligible, el libro de su civilización. Y gracias también a él, podemos sobrecogernos de admiración, sorpresa y por qué no decir, de angustia, frente a los templos que hicieron proclamar a Jean Babelón, autor de la excelente obra "Vie de Mayas", que no hay lugar en el mundo conocido, con ese sabor de las ciudades muertas americanas, con ese don de arrebatarnos con encantamientos cuyo fuerte sortilegio escapa a la captación de nuestro análisis. Sus moles poderosas dominan paisajes infinitos, dentro de una gran geometría alucinante, donde destacan las modulaciones de los adornos, las puertas rectangulares cuyos dinteles y jambas se unen para hacer marco a compactas masas de tinieblas.

Otros devotos de las ciudades muertas reconocen que ni los etruscos, ni los sumerios, ni los indios, ni los chinos, pueden rivalizar con los mayas en la invención de monstruos. Ellos jugaban con la forma humana y la figura animal con destreza deslumbrante. "Una vida monstruosa parecía sacudir los monumentos que palpitaban y reptaban con los cuerpos de sus

inmensas serpientes. Las fachadas de templos y palacios son asombrosamente vivaces porque las decoraciones abstractas conservan la vigorosa sinuosidad de los monstruos. Los números se agitaron con terrible animación: el 1 es un rostro con una mano en la mandíbula inferior; el 13 un pájaro fantástico engullendo un gusano, y el 6, una cara con un hacha en un ojo; el 10, el cráneo del Dios de la Muerte”.

En los rostros gesticulantes de las imágenes abundan los geroglíficos que componen las letras de los días, los meses y los años, pues la cronología era la preocupación constante de los mayas. Toda esta visión tremenda de mentes obsesionantes, causa zozobra y espanto, con su orden arbitrario de objetos, símbolos divinos y formas enigmáticas.

Hoy se encuentran, en vez de edificios ruinosos, como en casi todas las otras ciudades muertas, terrazas reforzadas y en perfecto orden, muros rechonchos, bajorelieves, monumentos, palacios y templos, fachadas prodigiosamente vivaces, imágenes y figuras monstruosas de hombres y bestias. Manos de científicos, con sabor de artista, pusieron en orden los elementos arquitectónicos que la naturaleza había dispersado. Y como si la historia se hubiera complacido en mantener con vida estas ciudades, ellas no construyeron nunca, como en Egipto y Mesopotamia, materiales precisos para la construcción de ciudades y fortalezas. El tiempo y los hombres las respetaron y sólo bastó poner en orden todo este maravilloso conjunto de elementos, para devolver al pasado sus inimitables creaciones.

Pero, a través de este maravilloso mundo de imágenes y formas imponderables, sigue persistente como una obsesión, que tal vez nunca tendrá respuesta, el misterio de este gran pueblo, que abandonaba sus asentamientos sin explicación que logre hasta el momento, justificar su tendencia migratoria. La adversidad, por medio de invasiones, puso término a su grandeza y a su vida ambulatória. Los mayas fueron vencidos y en sus últimos días reducidos a una semiesclavitud.

En los monumentos mayatoltecas de Chichén Itzá existen bajorelieves que muestran a los mayas en estado de servidumbre o de subordinación hacia sus nuevos amos, los toltecas, que allí exhiben actitudes altaneras y amenazantes, ante la presencia tímida y humilde de aquéllos que, se arrastran en el

polvo al pie de sus dominadores. Esta visión final trae a la mente, una vaga sensación de tristeza y melancolía, al realizar cómo un gran pueblo languideció sumiso bajo el dominio del más fuerte, olvidándose de su pasado inmortal.

No fue posible incluir en esta entrega civilizaciones trascendentales como las de Creta, Persia (Irán), Egipto, China, La India, los Incas y las de pasados insondables hasta el momento, como son las de Africa, la Isla de Pascua, los Hititas y algunas otras de palpitante interés, por la oscuridad que las envuelve y que ha dado pábulo a la fantasía y a las especulaciones literarias.

BIBLIOGRAFIA

WENDT, Herbert. *Empezó en Babel*. Editorial Noguer S. A. Barcelona - Méjico.

BRION, Marcel. *La resurrección de las ciudades muertas*. Librería Hachette S. A. Buenos Aires.

FUSTEL de Coulanges. *La ciudad antigua*.

JORRO, Daniel-Editor - Madrid.

BOISSIER, Gaston. *Pasos arqueológicos*. Emecé Editores S. A. - Buenos Aires.